

Levantamiento contra las tropas francesas

La familia real, a merced del emperador

Napoleón podría asumir el trono de España para cederlo a uno de sus hermanos

JOSÉ LUIS BARBERÍA

Bayona

Finalmente, la entrevista entre la familia real y el emperador Bonaparte no ha tenido lugar en Burgos, ni en Vitoria y tampoco en la isla de los Faisanes, el islote de soberanía compartida situado en la desembocadura del Bidasoa. Ese encuentro se está produciendo en la francesa villa de Bayona, cinco leguas más allá de la frontera, sin que el ejército español pueda respaldar a su monarca en las cruciales negociaciones que se avecinan. Aunque la confusión es grande y circulan los más inquietantes rumores, es un hecho que, de mejor o peor grado, Carlos IV y su hijo Fernando VII han accedido a que el emperador francés ejerza de árbitro supremo en su disputa familiar por el trono de España. Sus majestades Carlos y María Luisa llegaron hace dos jornadas a este puerto fluvial de menos de 14.000 almas fuertemente escoltados por el ejército francés y sin apenas séquito real.

No puede decirse que su llegada, el pasado sábado día 30, haya sido una avenida triunfal. Las ramas de laurel y de boj que engalanan las calles del poblado de marismas inundadas por el Adour y la Nive sólo dan testimonio tardío del apoteósico recibimiento que los bayoneses dispensaron a su emperador el 14 de abril. Arrastrados por la curiosidad y bajo las instrucciones del alcalde Detche-garay, los hendayeses recibieron a los monarcas en la puerta de España y, a falta de mayor cortejo, les sirvieron de comitiva hasta el palacio de los gobernadores, donde han sido alojados. Nadie quiso perderse semejante acontecimiento, pero a fe que el espectáculo no tuvo el brillo esperado. Familiarizados ya con los caballos polacos de pura sangre de la guardia napoleónica, los bayoneses señalaban a los tiros de mulos que arrastraban los carruajes de la comitiva e intercambiaban son-

Bonaparte no se molestó en salir al encuentro de Fernando VII

risas sobre la carroza real, una antigualla, a su parecer, porque se asemeja, dicen, a las que han visto en los grabados de Felipe IV El Hermoso, rey de Francia hace 500 años. Los 40 furgones sellados que contienen los muebles, el vestuario y los objetos personales de los monarcas aventaron pronto las insidias. "Se han traído el tesoro de España", comentaba con fruición el vulgo plebeyo de las tabernas, ignorante de que los mulos cargan también con un completo juego de piezas de cerámica de Aranjuez destinado a decorar la mesa de su emperador.

Al menos, Bonaparte ha dispensado a Carlos IV los preceptivos honores: 60 salvas de artille-



La familia de Carlos IV retratada por Francisco de Goya.

Una ratonera en Bayona

J. F. J.

Parece incomprensible que la familia real no haya tenido más luces para encontrar una salida distinta a sus pleitos internos. La presencia de todos sus miembros en Bayona para que Napoleón resuelva la crisis generada a raíz del motín de Aranjuez —con la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII— resulta de una ingenuidad y una ignorancia ofensivas para el pueblo español. Si el emperador, con el que fuimos aliados en la estrepitosa derrota de Trafalgar, ha convocado a Carlos IV y los suyos, el valido Godoy entre ellos, a esta población francesa no es para actuar como un juez de paz. Por toda Europa corren informaciones indicando que Bona-



El castillo de Marracq, alojamiento de Napoleón en Bayona.

parte, cuyas tropas se despliegan por España con el señuelo de atacar a Portugal, tiene en proyecto colocar como rey de España a uno de sus hermanos.

La ineficacia de una monarquía corrupta y mal avenida está abriendo las puertas a que nuestro país cambie de manos. Es cierto que resulta com-

plejo desairar a Napoleón con parte de su ejército desplegado por territorio español pero ningún capitán debe abandonar el barco dejando al albur del viento enemigo a su tripulación. Ni Carlos IV ni Fernando VII han llegado a Bayona en condición de prisioneros. El control del país ha quedado en manos de una Junta de Gobierno sin autoridad moral ni política. En estos tiempos, cuando los correos tardan varios días en llevar órdenes y mensajes de un lado a otro, es incomprensible que esos gobernantes no hayan interceptado algún escrito de los que se intercambian Murat y Napoleón. Alguna filtración de esas cartas ha llegado al pueblo que se pregunta ¿quién será rey, Luis Bonaparte o su hermano José?

ría con sus tropas presentando armas, que le negó a don Fernando el pasado día 20, cuando éste entró en la villa conducido por el general Savary. Aparentemente distraído con las maniobras de su ejército, Napoleón no se molestó en salir al encuentro del príncipe de Asturias, aunque más tarde acudió a saludarle al hotel Dubroc, un modesto palacete poco digno de albergar a la realeza. Como prueba elocuente de sus preferencias, Bonaparte ha abrazado a su majestad Carlos y no ha hecho lo propio con don Fernando, a quien sólo le otorga el tratamiento de alteza. El cocinero de Napoleón pretende que los reyes degusten un invento culinario, denomi-

nado *foie-gras*, que consiste en hígado de oca trufado y que, por lo visto, extasia a los estómagos más refinados. A su vez, la reina está entretenida con las últimas modas y afeites parisienses. La emperatriz Josefina le ha enviado, además, a su peluquero personal.

Pero, aquí, en Bayona, las desavenencias familiares borbónicas se están poniendo de manifiesto de manera descarnada y a la vista de todos. En el besamanos organizado tras su llegada, ceremonia que tanto desconcierta en estas tierras, don Carlos no correspondió, siquiera, al saludo de su hijo. Permaneció envuelto en un halo de pesadumbre y enojo, y sólo la aparición de Godoy, hospedado

fuera de la ciudad, y la del conde De la Fuente lograron iluminar su apagado semblante. A ojos franceses, la reputación de la familia real se ha degradado, al punto de que los redactores del periódico oficial del imperio, *Le Moniteur (El Maestro)*, no se recatan en hablar del "infortunado monarca español víctima de la conspiración de su hijo", y hasta osan vilipendiar a la reina con epítetos malsonantes y comentarios ultrajantes del estilo de que "su pésimo peinado le confiere un aire de momia loca, como de villana ruin", y de que "a sus 60 años, lleva un acusado escote y no porta guantes, pese a que viste de manga corta". Aunque los altos

dignatarios del reino guardan gran silencio, estos y otros hechos nada anecdóticos alimentan la vertiginosa sospecha de que la Corona de España está abandonada a su suerte en tierra extranjera, en una puja familiar en la que Bonaparte se reserva la solución final. ¿Cómo no alarmarse ante los rumores que circulan entre los sefarditas del barrio del Saint Esprit que dan cuenta de que el emperador ha dispuesto hacerse cargo del trono de España? ¿Cómo no preguntarse si Bayona es hoy la gran celada bonapartista, la disimulada prisión a la que la familia real habría sido conducida arteralmente con el impulso de sus propios arrebatos?